

Crónicas Australes II

LOS JINETES DE
MILODÓN

La Gran Madre



M. M. Kaiser



AUREA
EDICIONES

© Los Jinetes de Milodón – La Gran Madre
Crónica Australes II
Primera edición, Agosto 2018

© Martín Muñoz Kaiser 2018

Edición General: Joctán Yusef Zafira Figueroa
Edición Creativa: Felipe Uribe Armijo
Corrección de estilo: Felipe Uribe Armijo
Portada: Christoph Peters
Ilustraciones Interiores: Luis Naranjo
Mapas: Rodrigo Carmona
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Sello: Tricéfalo



Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: A-276679
ISBN: 978-956-09076-4-6

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se vera expuesto a reclamación legal.

A la memoria de *Nadime Musre*.
Licanray, Enero 2017

"Tenéis un mundo viejo que resucitar con vuestros
conocimientos y hacerlo nuevo e inmortal"

Roberto Rengifo

"El héroe, ya sea dios o diosa, hombre o mujer,
la figura en el mito o la persona que sueña, descubre y
asimila su opuesto (su propio ser insospechado) ya sea
tragándoselo o siendo tragado por él. Una por una van
rompiéndose las resistencias. El héroe debe hacer a un
lado el orgullo, la virtud, la belleza y la vida e inclinarse
o someterse a lo absolutamente intolerable. Entonces
descubre que él y su opuesto no son diferentes especies,
sino una sola carne."

Joseph Campbell.

El Milodón

El **milodón**, *mylodon darwini*, es una especie extinta de mamífero placentario del orden Pilosa. El milodón habitó principalmente la zona sur de Sudamérica, más precisamente el extremo sur de Argentina y principalmente en el sur de Chile. Pertenece al mismo grupo que los armadillos, los osos hormigueros y los perezoso actuales *xenarthra*. Podía por momentos erguirse en forma bípeda. Se calcula que medía aproximadamente dos metros y medio a la cruz, y pesaba unas tres toneladas. Su piel era extremadamente dura, compuesta por diminutos huesos u osteodermos y muy tupida, lo cual la hacía muy resistente a los ataques de otros animales. Su dieta era herbívora. Su hábitat se estableció en las laderas boscosas de los cerros patagónicos, aunque también se han encontrado restos en el norte de Chile, cerca de Los Vilos.

Índice

Prefacio	13
0 Los primeros hombres y las primeras mujeres	15
I Una familia	19
II La consorte de la Serpiente	32
III <i>Carcanchos</i> en la nieve.	41
IV Un presente inesperado	51
V Cacería	64
VI Una nueva piel	72
VII Chillidos en la oscuridad	83
VIII El camino subterráneo	92
IX Sin salida	102
X La danza de los <i>dugún</i>	110
XI <i>Gosh-e</i>	120
XII La burbuja	131
XIII Rumores de guerra	143
XIV La conjura de los <i>dugún</i>	155
XV Consejo de guerra	165
XVI El despertar de los gigantes	177
XVII Los jinetes de Milodón	191
XVIII La Gran Madre	199
XIX El rostro de la derrota	208
XX El colgado	219
XXI La batalla del Wenuleufu	229
XXII El frente norte	239
XXIII Reunión familiar	250
XXIV El viaje al fin del mundo	262
XXV El enemigo invisible	278
XXVI El mundo interior	287
XXVII Merodeadores nocturnos	301
XXVIII La lanza del destino	309
XXIX El Matriarcado de la Hija de la Luna	325
XXX La batalla del río Cautín	334
XXXI Fuego contra fuego	351
XXXII Los mapucherubios de Boroa	367
Epílogo El vagabundo	374
Apéndice I Los orígenes de Meliantu	377
Apéndice II De las leyendas y Cuerpos mitológicos.	385
Apéndice IV Glosario	388

Prefacio

"Chile, fértil provincia señalada, en la región
antártica famosa, de remotas naciones respetada, por
fuerte, principal y poderosa."

Alonso de Ercilla y Zúñiga

La Araucana (1569)

La que tienes entre tus manos, es una novela épica ambientada en la América precolombina, que utiliza como sustento argumental diversas leyendas de origen mapuche, *aonikenk* y *selknam*, e incluye también otros cuerpos mitológicos con la ambición de integrar, por un lado sus elementos superficiales, y por otro su cosmovisión profunda, para construir un universo coherente, en el cual dioses, paisajes y seres de leyenda, conviven e interactúan dando forma a un nuevo mito fundacional; uno que rescata, el paisaje, la flora y la fauna autóctona, las creencias y las costumbres prehispánicas de los pueblos originarios del continente americano, y por sobre todo el espíritu de sus gentes. Mención especial requiere el pueblo mapuche, nación de las Indias occidentales, jamás conquistada por el Imperio Español, poseedor del mejor ejército de su época. Tan impresionante fue el logro, que esta capitania general, ubicada al fin del mundo, fue merecedora de uno de los pocos poemas épicos latinoamericanos. Este es el calibre del espíritu y la voluntad de las gentes, sobre cuya prehistoria, costumbres y leyendas, estás a punto de empaparte.

Martín Muñoz Kaiser

Abril de 2018

0

Los primeros hombres y las primeras mujeres

Hace mucho tiempo, cuando la Isla grande de Chiloé aún estaba unida al continente americano, los primeros hombres, los *lituches*, llegaron desde su larga travesía por el Río Océano hasta las costas del mundo de en medio. Por encargo de *Elche*, la manifestación creadora de *Pu Am*, el gran espíritu, del cual provienen ya al cual vuelven todas las cosas. Fueron recibidos y protegidos por los *ilochefes*, quienes les enseñaron la historia de la tierra austral que ahora los cobijaba, y los preceptos de los dioses y guardianes que la rigen. Los primeros hombres vivieron en armonía con la feraz naturaleza, tomando de ella lo que necesitaban para vivir, respetando el *Adamapu* entregado a ellos por *Negenechen*, el espíritu tutelar de los *lituches*, quién les enseñó a pedir y tomar con respeto los frutos de la tierra, dando gracias a su guardián *Negenmapu*, y a pedir y tomar con respeto los frutos del agua, dando gracias a su guardián, *Negenko*.

Generaciones vivieron y murieron, hasta que llegó el día en que las hijas de la primera mujer y el primer hombre, al ver que sus familias habían crecido en número, tuvieron miedo del futuro y olvidando el pacto de sus padres con los espíritus guardianes, comenzaron a herir la tierra para forzarla a dar frutos según su capricho y necesidad, las mujeres habían comprendido los ciclos

del cultivo y la cosecha. Pusieron cercos para proteger los huertos de los animales y para impedir que otros tomaran libremente lo que la tierra proveía para ellos. Los hombres comenzaron a luchar entre ellos por la propiedad y la dominación de los territorios. Organizados por las matriarcas, las líderes y protectoras de sus clanes, los guerreros derramaron la sangre de sus hermanos.

Negenechen vio la situación desde su *millaruka*, su hogar dorado en el cielo; el espíritu encargado de cuidar a los humanos, se encarnó entonces en la forma de una anciana mujer, instauró la orden de las *machis* y habló con las matriarcas para recordarles el antiguo pacto de *Elche* con sus madres; les recordó cómo comunicarse con los *Ngen*, a dar gracias de todo lo que tomaban de la tierra, revelándoles que los seres humanos no son más que custodios de este mundo, y que los espíritus del cielo, los verdaderos dueños del universo, habrían de venir a poblarlo algún día. Pero los *lituches* olvidaron rápidamente las enseñanzas de su dios, y el *Adamapu* fue abandonado nuevamente.

Viendo la obstinación del pueblo que le había sido encargado cuidar, *Negenechen* invocó al padre-madre de todos los *cherufes* (pues estos animales son hermafroditas), y este cayó del cielo convertido en una bola de fuego, dejando una estela de humo a su paso. Cuando impactó, incineró un bosque completo y dejó un colosal cráter, alrededor del cual los árboles quedaron quemados y abatidos. La cordillera y el firmamento se estremecieron mientras el reptil de fuego buscaba refugio en las entrañas del mundo. Los hombres se aterraron por el signo divino y reprendieron a sus mujeres, destruyendo huertas y cercas. Pero ellas no cesaron de herir la tierra y dividirla; no celebraron el *nguillatún*, no ofrecieron las libaciones que les correspondían a los espíritus de la naturaleza, y abiertamente pretendieron adueñarse de la herencia de los dioses.

Entonces el espinazo de cordillera de Los Andes entera comenzó a brillar con fuego y humo, y la tierra tembló y rugió bajo los pies de los hombres, que presintieron el castigo inminente de *Negenechen*. En secreto, en un claro escogido en un bosque de mañíos, celebraron consejo. Luego de tres días, tomaron una dolorosa decisión.

Esperaron la noche en que *Kuyén* no se asoma a mirar a los seres de la tierra para brindarles su plateada luz, tomaron sus pesadas hachas de piedra y sus puñales de sílex, y comenzaron la matanza. Entraron a sus *rukas* y asesinaron a todas las mujeres, dejando vivir tan solo a aquellas que aún no habían derramado su primera sangre. Desde ese entonces, los hombres ostentan el control de los clanes y heredan el nombre de sus linajes.

En aquella aciaga noche, las primeras gentes adoptaron un nuevo nombre para sí mismos, *reches*, “verdaderos hombres”, con la intención de no olvidar que no eran ellos los dueños de lo que los rodeaba y los sustentaba, pues los hombres son solo custodios del mundo hasta que los dioses decidan descender del *wenumapu* para vivir en él.

Solo una jovencita, del linaje de Katrupillán, que vivía en las costas del lago Huillinco, logró escapar de la carnicería. Kutralrayén, al ver como su padre y sus hermanos mataban a su madre, sus hermanas, primas y tías, corrió fuera de su *ruka* y se lanzó a las frías aguas del Huillinco. La muchacha nadaba con desesperación, mientras sus parientes braceaban tras ella. Los hombres estaban a punto de alcanzarla cuando, de pronto, una enorme culebra apareció desde las oscuras profundidades y, enroscándosele en el cuerpo, se hundió con ella.

Fue así cómo *Kai Kai Vilú*, la serpiente formada por *Pu Am* con los restos destrozados del hijo de Peripillán, se apareó con la adolescente y esta recibió su ayuda, pudiendo ponerse a salvo en la otra orilla. Para cuando

Kutralrayén llegó a la playa, estaba muriendo de frío. *Kai Kai*, sabiendo que la muchacha daría a luz sus hijos, le dio a beber de su propia sangre, para que la jovencita y el fruto de su vientre cobrasen algo de la fuerza y la larga vida de los dioses. Es por eso que Kutralrayén envejece lentamente, su rencor madura con los siglos, y con todo el tiempo del mundo, planifica su represalia contra los hombres que mataron a su madre, sus hermanas, sus tías y sus abuelas.

I

Una familia

Como era la costumbre entre las gentes de su pueblo, y por petición de su futuro suegro, Lientaro se dirigió a las montañas en busca del consejo de Fitón. Sobre su montura plateada, sobrevoló los océanos verdes de bosques de robles, lengas, ñirres, mañíos y araucarias nevadas y llegó hasta la *Ñacuncura* o Piedra del Águila, ubicada en la cima de la cordillera de Nahuelbuta, en donde, antes del amanecer, encontró al anciano oráculo que todas las mañanas salía de su cueva para saludar a *Antu* con parsimoniosa adoración, para alimentarse de su energía y su luz. Delgadas nubes bordeaban sobre la montaña o pasaban raudas a su alrededor. Cuando el cielo estaba despejado, se podía observar claramente el brillo del mar y los nevados picos cordilleranos, teniendo completa visión de los valles, lagos y múltiples volcanes que conforman el *Wall Mapu*, el país mapuche. El anciano de rostro curtido y arrugado estaba sentado en una roca con el torso desnudo y los ojos cerrados; en su frente lucía los adornos de plata típicos de las *machi*, llevaba las uñas largas pintadas, y pesados aros de plata colgaban de los lóbulos de las orejas.

Lientaro descendió del alicanto y caminó hacia el vidente. Depositó ofrendas de comida, bebida y ropajes junto a la piedra y se sentó frente al sereno Fitón.

—Bienvenido, Lientaro, portador de la *Pillantoki* —exclamó el oráculo sin abrir los ojos—. ¿Qué hace un hombre que ha decidido forjar su propio destino en busca del consejo de un humilde adivino como yo?

—Es la costumbre de nuestros antepasados la que honro, no la voluntad de los dioses. Voy a tomar esposas nuevas y engrosar mi clan para extender mi linaje, mi fama y mi recuerdo; vengo a escuchar la fortuna que el Gran Espíritu tiene reservada para ellos. Dime qué ves.

—Un hombre como tú no debería preguntarle esas cosas a un insignificante ermitaño. Puede que no te guste mi respuesta.

—Y sin embargo, pregunto.

—Las palabras de los oráculos son oscuras, pues para evitar que los hombres nos hagamos semejantes a los dioses, ellos no nos dejan revelar los hados con claridad. El destino de los hombres ha de mantenerse siempre incógnito.

—Habla, brujo, no tengo miedo.

—Te diré lo que veo, pero no soy responsable de las palabras que saldrán de mi boca. Yo solo soy un mensajero y temo la ira del hombre más poderoso del *Wall Mapu*.

—Habla con libertad, prometo no hacerte daño anciano, por más aciagos que sean tus vaticinios.

El viejo vidente levantó las manos al cielo y entonó una letanía, abrió los ojos y Lientaro pudo ver que estos eran blancos y ciegos; el delgado cuerpo del chamán se tensó y el curtido rostro pareció perderse en el infinito buscando la trama de los albures de los hombres. Por fin, Fitón se relajó y los párpados volvieron a cerrarse. Su rostro reflejaba dolor y miedo.

—Portador de la *Pillantoki*, guardián de la nación mapuche, ciertamente grandes espíritus han puesto ojos sobre ti, pero solo esto me está permitido revelarte: Ten cuidado en las profundidades, pues en ellas se encuentra el centro de la telaraña en la que ya estás atrapado. El traro de Languenmapu verá crecer su nido, y muchos polluelos engordarán en él; algunos de ellos se convertirán en grandes y terribles guerreros, que tendrán el poder

para hacer temblar los cimientos de la creación misma, pero no todos te sobrevivirán, pues la serpiente del pasado reptaba en este momento y desde hace mucho tiempo, por las raíces de tu huerto. —El viejo hizo una pausa y suspiró—. El día de tu derrota se acerca. Perecerás dos veces y caminarás por las nubes como un pillán, te hundirás bajo las aguas y bajo los hielos y beberás del agua del destino antes de que los dioses te permitan volver a la vida, solo para requerir de ti, un sacrificio eterno.

—La muerte ha sido mi compañera por muchos años, Fitón —espetó Lientaro con un bufido—. Además, los dioses no nos preguntan nuestras opiniones, así que nosotros tampoco deberíamos preguntarles a ellos. Si es verdad lo que dices, debo darme prisa y fortalecer a mi pueblo, antes de que me alcance la mala fortuna.

—Todo viene con un precio, Lientaro. Págalo con gusto cuando llegue el momento.

—Olvidaré tus palabras, anciano. El destino no está escrito y yo no soy un guanaco que acompaña con docilidad a su verdugo hasta la piedra de sacrificio.

Lientaro se levantó y escrutó el cielo. Las doradas crestas de Antu ya se habían levantado tras la cordillera, y el viento mecía sus negros cabellos mientras él contemplaba su país, tratando de entender. Pero, como siempre, las palabras de los videntes eran oscuras e intimidantes y pocas veces valía la pena escucharlas. Se preguntaba qué le hubiese dicho Curimán, el único brujo que le había hablado claro en su vida, el único hechicero en quien realmente confiaba... y que ahora estaba muerto. Era casi medio día cuando se desprendió de sus cavilaciones, se montó en el ave plateada y voló de vuelta a su *lof*, con solo un deseo en mente: proteger a su familia.

Habían pasado varios meses desde que el joven guerrero había escuchado la aciaga profecía, y seguía teniendo pesadillas. Esa mañana Lientaro salió de la *ruka* antes del alba: unas pocas nubes correteaban en el cie-

lo, los rosados dedos de Antu se asomaban recién tras la cordillera de Los Andes, y un trío de *tencas* silbaban y saltaban, abriendo y cerrando las paldas alas mientras se afanaban buscando gusanos entre la hierba. Con él caminaba su hijo mayor, el pequeño Lientur, de ocho años. Los pies se hundían en la grama salpicada de pequeñas gotas de rocío y el frío les golpeaba el rostro espantando la modorra. El padre miraba al avezado pequeño con una sonrisa en el rostro; le palmeó el hombro y corrió hacia el bosque. El niño lo siguió. Saltaron entre troncos caídos, esquivaron ramas tiernas de coligues, brincaron sobre piedras musgosas y escalaron pequeños montículos. La carrera era de diez kilómetros y la hacían todas la mañanas para llegar al claro de entrenamiento. Sus cuerpos estaban sudados y de sus espaldas emanaba vapor; retiraron la faja que les mantenía el poncho apretado a la cintura y dejaron bien dobladas las prendas en el suelo, quedando vestidos solo con la *chiripa*. Aún agitados, se dirigieron al centro del claro y se ubicaron frente a frente, en silencio; mirándose, estudiándose.

—*Inche kai che* Lientaro —exclamó el padre—. Que nuestros antepasados nos concedan sus fuerzas y destrezas.

—*Inche kai che* Lientur —replicó el hijo con voz infantil, mirando a su padre con fiereza, separando un poco las piernas, levantando la guardia.

—Debes recordar que los ataques directos contra oponentes diestros en la lucha, normalmente no son efectivos. Debes luchar tanto con tu mente como con tu cuerpo, cada movimiento es la preparación de los tres posteriores. El mejor ataque nunca se realiza de frente, sino por la retaguardia o bien en cuarenta y cinco grados, por dentro o por fuera de la guardia del oponente. ¿Estás preparado para la lección de hoy?

—Sí, padre. —El jovencito se lanzó de inmediato hacia adelante lanzando tres patadas en el aire, una detrás de la otra.

Lientaro dio un paso a un lado, tomó la muñeca de su hijo con la mano izquierda y tiró de ella, desestabilizándolo. Con la derecha le palmoteó la nuca y mandó al pequeño a tierra.

—Donde va la cabeza va el cuerpo; los ataques de poder directos son fáciles de esquivar porque son lentos. El primer ataque debe tener siempre el propósito de medir a tu oponente, o el de distraerlo o incluso el de matarlo si ves una apertura clara... , si lo has observado y tienes la certeza de que podrás finiquitarlo de un solo golpe.

El pequeño cayó, dando una voltereta, para luego rechazar y volver a saltar amagando un volado a la cabeza de su progenitor con la pierna derecha, la que continuó recogida durante la maroma. Mientras su cuerpo giraba en el aire, sacó en la caída la pierna izquierda con el objetivo de golpear con el talón las costillas desprotegidas de su oponente, quien, entendiendo la estrategia, lo atrapó por el tobillo y, redirigiendo la energía, impulsó el cuerpo del jovencito al vacío. Tras una acrobacia, el pupilo cayó con los dos pies bien plantados en tierra de espaldas hacia su padre, flectó las rodillas y rechazó dando un mortal atrás, atacando con un canillazo descendente la cabeza de su maestro, que detuvo el golpe sin problemas y rechazó al infante con una cuidadosa patada de frente en el plexo solar. El joven cayó desparramado y sin aliento, tosiendo y embarrado, un par de metros más allá.

—Eres el futuro del País del Mar, tus hermanos y hermanas esperarán que los defiendas de todo aquello que los pueda amenazar en el futuro; no basta con dar poderosos saltos ni correr kilómetros sin cansarte: debes aprender a derrotar enemigos mejor alimentados que tú, mejor equipados que tú, más grandes que tú, que han dormido más que tú, a los que les han enseñado más cosas que a ti; debes entender cómo fluye el combate, cómo funciona el cuerpo y cómo funciona la mente, y atacar sin

piedad ahí donde tu enemigo es más débil, usando sus propias armas y sus propias tácticas si es necesario, pero siempre trabajando desde tus fortalezas ¡Ponte de pie!

El pequeño gruñó, entrecerró los ojos y miró a su padre directamente. Con una mano tanteó alrededor suyo hasta encontrar una piedra, y se la lanzó directo a la cabeza. El hombre la esquivó, haciéndose rápidamente a un lado, apoyando todo su peso en una pierna: justo la reacción que el pequeño esperaba. Este saltó sobre su padre, metiendo la cabeza bajo la axila, enganchando el brazo izquierdo en el cuello y enroscado la pierna izquierda en la parte posterior de la rodilla de apoyo de Lientaro, haciéndolo perder el equilibrio para luego pivotar sobre la cadera, utilizando como apoyo la pierna derecha que había plantado firme en tierra; de esta manera, proyectó a su progenitor al suelo, y en medio de la caída y antes del golpe con el piso, cambió de posición, aferró la muñeca de su padre y pasó el tronco bajo el codo y las piernas por sobre el plexo solar y el cuello de Lientaro, con la intención de hiperextender hombro y codo con toda la fuerza de su juvenil torso. El maestro, tendido en el suelo, tensó el brazo con fuerza para ganar tiempo y, con la mano libre, agarró el dedo pequeño del pie del jovencito y lo retorció hasta que este soltó la llave, gritando de dolor. Lientaro aflojó la presión al dedo y se levantó con una sonrisa en el rostro. Le tendió una mano a su joven pupilo y le palmeó la espalda.

—Hiciste trampa, Lientur —espetó el padre, revolviendo los cabellos del otro con ternura.

—En la batalla todos los recursos son válidos; eso me lo dijiste tú, padre.

—Muy bien dicho —rió Lientaro—. Mañana practicaremos la ubicuidad en el campo de batalla. La luz es muy importante; tratarás de ponerte siempre de espaldas a la luz cuando enfrentes a un oponente o cuando

despliegues tu ejército; he ahí la importancia de escoger el terreno y, sobre todo, de escogerlo sin que tú enemigo sepa que lo has escogido.

—¿Y cómo se logra eso, padre?

—Ya conversaremos de eso mañana, ¡ahora a endurecer el cuerpo, vamos! —Lientaro y Lientur caminaron hacia dos troncos de alerce envueltos en cuero de alpaca. — Cien golpes con el metatarso, cien con el talón, cien con el empeine, cien con el canto del pie, cien con la canilla, cien con la rodilla, cien con la punta de los dedos, cien con los nudillos, cien con el canto de la mano, cien con la palma, cien con el dorso de la mano, cien con la muñeca, cien con el antebrazo, cien con el codo, cien con el hombro, cien con la cabeza y luego lo mismo pero con el otro costado... ¡Vamos, vamos antes de que se enfríen nuestros cuerpos, aún debemos llegar al río!

El niño golpeó y volvió a golpear, sin quejarse, imitando a su padre.

Tras trotar de vuelta, llegaron al banco del río, donde se sumergieron desnudos para el ritual del baño diario. El jovencito nadaba con soltura, y, como todos los días, el padre debió sacarlo a la fuerza del agua. Lo abrigó con una manta tejida por su abuela, lo secó y lo vistió con la chiripa y el poncho grueso de lana de alpaca. Caminaron tomados de la mano de vuelta al hogar, bebieron leche de *chiliweke* espesada con harina de pehuén y comieron tortillas de rescoldo con huevos de gallina, queso y charqui. Recogieron un morral con provisiones y volvieron a salir. El guerrero silbó y una enorme ave de plumaje de plata aterrizó frente a ellos; el padre tomó al hijo y lo montó sobre el alicanto, que pateaba el suelo frente al huerto.

Su mujer, Ray, yacía embarazada en el lecho junto a sus otros tres hijos. La lumbre crepitaba en el fogón, proyectando su calor y su luz sobre la familia. Lientaro los observó con detenimiento antes de cerrar la puerta,

tomó la mano de Lientur y suspiró profundamente. Su hijo le sonrió con ansias y admiración. No había nada que lo hiciera más feliz que acompañar a su padre en las tareas del campo. Lientaro se apeó de un salto y despegaron.

Con el deseo de formar su propio clan familiar, y con la intención de protegerlo de los ataques de otros *lof*, el guerrero había construido su hogar en medio del bosque. La única manera de salir del claro donde vivían era por medio del alicanto plateado, un pájaro que había pertenecido a Pillán, el dios de la guerra, el fuego, el trueno y los volcanes; estos particulares seres alados brillan con el color del metal precioso del cual se alimentan; por esta razón se dice que quienes han sido capaces de seguirles la pista han encontrado ricas vetas de minerales preciosos. Y este alicanto en particular sentía predilección por la plata.

Lientaro y su hijo sobrevolaron las costas cercanas a Punta Tirúa. Los ojos del pequeño lagrimeaban por el impacto del viento frío en sus ojos. A su diestra, se desplegaba la nevada e imponente cordillera de Los Andes, y a su siniestra la costura azul entre el pacífico y el horizonte se extendía hasta el infinito, salpicada por trenes de nubes gordas y azuladas que avanzaban lentamente hacia el norte. Contaron los ñandúes desde el aire y luego aterrizaron: hoy era día de recolección. Lientaro dio un silbido agudo y prolongado, y un pequeño ser luminoso, como una centella, avanzó hacia ellos flotando a medio metro de la hierba que se mecía con el viento fresco de la mañana; era un *anchimallén*. El pequeño Lientur lo recompensó con un cuenco lleno de miel de ulmo, que terminaron compartiendo. El goloso *Yangkamil* lamía ávidamente los regordetes dedos del divertido y embaudornado infante, que crecía feliz rodeado de los seres extraordinarios que su padre había ganado en sus pasadas aventuras por sobre y bajo la tierra. Lientaro poseía una bandada de solo once ñandúes, nada impresionante para

un *lof lafkenche*, un clan familiar del País del mar. Pero estos animales singulares, a diferencia de los ñandúes comunes, producían plumas de plata, las cuales eran vendidas a muy buen precio al *lonko* Alonkewun, un *lonko* Iimin de Lelbún Mapu, el País de la llanura, quien pronto se convertiría en otro más de sus suegros.

Como regalo para su primer matrimonio, el *lonko* Alonkewun, que sentía gran aprecio por el poderoso joven, le regaló una pareja de ñandúes. El macho resultó ser débil y enfermizo, y murió al poco tiempo, sin embargo, y a pesar de que aparentemente no había alcanzado a aparearse, la hembra de Ñandú puso siete huevos que se veían normales tanto en su color como en su tamaño, pero cuyos polluelos resultaron ser de un color bastante particular... Lientaro resolvió entonces el misterio de la paternidad de las aves, encontrando al mismo tiempo, y sin haberlo buscado, la manera de mantener holgadamente a su familia. Las plumas de plata de sus aves eran intercambiadas por todo tipo de víveres y enseres de primera necesidad. Un solo saco de las hermosas plumas proveía a Lientaro y su familia de granos, frutos, miel, chicha, piedras de amolar, cerámicas, telas y tinturas para una temporada completa.

Entre los maravillosos tesoros del joven, también se encontraba el rutilante anchimallén, un ser del inframundo, bastante pequeño, asexual y glotón, que flotaba en el aire como una luciérnaga. Este ser, llamado *Yangkamil*, “Pequeña Piedra Brillante”, era quien cuidaba de la singular camada de aves que poseía su amo. Lientaro había encontrado a *Yangkamil* intentando cruzar la cordillera de Nahuelbuta por la ruta de las cavernas, mientras el guerrero se afanaba por escapar de un grupo de *kalkus*, unos nigromantes malignos y sus poderosos *piuchén*, muertos vivientes de fuerza monstruosa e insaciable sed de sangre, que se guarecían en aquellas oscuras galerías. Por último, estaba *Pichimanque*, un tiuque que Lientaro había amaestrado para transportar mensajes entre él y su

difunto hermano. Ahora *Pichimanque* le servía para comunicarse rápidamente con Ray y sus hijos, cuando salía de cacería. Su esposa tuvo problemas para entender el complicado código de nudos o *kipus* que hacían en la lana que amarraban a la pata del autillo. Sin embargo, y a pesar de su corta edad, Lientur, el hijo mayor de Lientaro, había aprendido rápidamente a enlazar e interpretar los *kipus*; el jovencito demostraba destreza y aptitudes, e insistía en acompañar e imitar a su padre en todo. El pequeño era una esponja que absorbía ávidamente los conocimientos que le entregaban, y Lientaro esperaba que pronto estuviese listo para la ceremonia del nombre.

Luego de la recolección, Lientaro dejó a Lientur con su madre y se dirigió al *lof* de Alonkewun, quien le había ofrecido a tres de sus hijas como esposas. Una de ellas era la bella y chispeante Wirkalaf. Las jovencitas lo esperarían en la casa de su padre, mientras él preparaba los fogones donde las nuevas mujeres residirían. Las novias se sentían ansiosas de ser entregadas a un personaje connotado y esperaban impacientes la simulación del rapto, que en este caso se haría nada menos que sobre el mítico alicanto plateado del joven héroe de *Languenmapu*, el País del mar. En la sociedad mapuche, la cantidad de ganado y la cantidad de mujeres que un hombre poseía eran un sinónimo de estatus social, y las plumas de plata le permitían a Lientaro darse grandes lujos, entre ellos tomar por esposas a varias mujeres, quienes trabajarían la tierra, confeccionarían ropa, chicha y engendrarían una enorme descendencia, lo cual le aseguraría un exitoso pasaje al otro mundo; pues entre los mapuche, hay solo dos formas de convertirse en un pillán: la primera es la muerte en batalla y la segunda es tener una numerosa prole que eleve el nombre del difunto hasta las nubes, donde los espíritus de los antepasados continúan batallando entre ellos, preparándose para el fin de los días, para la batalla final que limpiaría la tierra de la oscuridad antes de que los grandes espíritus vengan a morar en ella.

Alonkewun aconsejaba continuamente a Lientaro a este respecto. Después de la muerte de Curimán, su viejo mentor, el maduro magnate se había convertido en su amigo y guía. Al viejo le convenía una alianza con el hombre más poderoso de las *mapus* dominadas por Negenechen; Lientaro era poseedor de la legendaria *Pillantoki*, y las mejores alianzas se sacramentaban con matrimonios, que significaban un compromiso práctico de ayuda mutua, una alianza estratégica y comercial que sus hijas se encargarían de mantener fuerte y saludable por medio de la costumbre de las visitaciones. El carácter taciturno y circunspecto de Lientaro, su melancolía y férrea voluntad, habían cambiado poco en los años de paz. La serenidad y la seriedad con la cual discutía los planes de desarrollo para su nuevo clan dejaban a Alonkewun asombrado; nunca había pensado que el joven estuviese tan interesado en formar un *lof* propio cuando lo vio por primera vez, durante la celebración de su cumpleaños número cincuenta y dos, cuando el guerrero llegó de improviso con Curimán y terminó en los aposentos de su hija preferida.

Por medio del magnate, Lientaro compró también semillas y algunos *chiliwekes* u ovejas de la tierra, camélidos parecidos a las llamas que le proveerían de carne, leche y lana. Estos animales deberían ser llevados por el río hasta la nueva *ruka* que Lientaro estaba construyendo en Punta Tirúa; el viaje se realizó por vía fluvial, sin complicaciones, mientras los familiares de las novias terminaban los preparativos para la boda. Con la ayuda de la *Pillantoki*, Lientaro había abierto un claro en medio del océano de coigües, avellanos, maquis y quillayes que rodeaban su pequeña vivienda; los árboles caían de un solo golpe de martillo. Ocupó la madera en construir tres nuevas alas y fogones en la *ruka* principal, preparó la tierra para el cultivo y despejó un camino hacia el río, en donde fabricó un atracadero y varias embarcaciones de

modesta magnitud. Estas tendrían la finalidad de comunicar a las nuevas esposas con sus familias, para llevar a cabo los viajes de intercambio de regalos donde se estrechaban los lazos familiares, se comerciaba y se transmitían noticias. Tal actividad era de dominio exclusivo de las mujeres y les daba independencia económica y social, transformando a cada una de ellas y a sus hijos en una célula individual bajo la protección de su esposo.

Por su parte, Lientaro tendría cuatro esposas jóvenes a las cuales satisfacer, y a quienes planeaba mantener ocupadas y distantes las unas de las otras, con el fin de generar la menor cantidad posible de conflictos domésticos; aunque esto, según Alonkewun, era virtualmente imposible de lograr. El joven tenía planes ambiciosos para su familia; ya había escogido otras dos esposas de entre las hijas de Purén, y otras más en los escasos *lof* cercanos, que recién se estaban recuperando de la guerra.

Dos días antes del solsticio de verano, Lientaro partió en su alicanto a buscar a sus novias. El *gñapitún* o ceremonia de matrimonio estaba preparado: la distinguida *machi* Amnillam, quien en ausencia de la anciana Kalfurray había asumido como líder del consejo de chamanes mapuche, presidió la ceremonia que uniría a las tres hermosas jovencitas con el popular guerrero. Alonkewun había dispuesto un festejo inmenso. Lientaro recordó entonces cuando él y el *lonko* *Ilmin* se conocieron; la fiesta era tan grande y bulliciosa como aquella: había cientos de familias, *lonkos* de distintos *lof*, mozos, mocetones y solteras bailaban y bebían de los abundantes cántaros de chicha de distintos colores y sabores que llenaban los lagares del magnate; las gentes comían de los abundantes platos y preparaciones a base de *Chiliweke*, avestruz, mariscos o peces; asados, cocidos, estofados o ahumados; que salían de los incontables fuegos que se habían dispuesto repartidos por el claro escogido para la fiesta, alrededor de los cuales se situaban las enrama-

das donde se acomodaban los invitados. La música y el jolgorio duraban toda la noche en este tipo de reuniones. Durante el día los jóvenes participaban en juegos de destreza física, mientras los más maduros se entretenían en juegos de destreza mental o simplemente de azar; en todas las actividades se entregaban premios a los ganadores: cabezas de ganado, armas, finas telas o ropas ceremoniales. El cahuín de la fiesta de matrimonio no podía ser diferente: duró ocho días completos con sus noches y el suegro quedó más que satisfecho con un ñandú de plumas de plata como pago por sus bellas hijas. Luego de la fiesta, se realizó el ritual del rapto.

En medio de la oscuridad, en el silencio más completo, Lientaro redujo sin problemas a dos de sus cuñados, para luego entrar en los fogones de las distintas muchachas y llevarlas al bosque, donde fueron perseguidos por una gran cantidad de parientes que daban gritos y hacían gran bullicio. En poco tiempo, se vieron rodeados por la turba; el guerrero levantó entonces su puño y abrió su mano. Las mujeres vieron atónitas cómo de la nada aparecía un enorme martillo cobalto, el cual produjo un destello azul que cegó a sus perseguidores. En ese momento, sintieron el batir de unas enormes alas; un resplandor plateado brilló en el cielo, y sin darse cuenta los cuatro jóvenes estaban volando sobre los bosques del País de la llanura hacia su nuevo hogar.

II

La consorte de la Serpiente

Kutralrayén se había salvado de la matanza de las mujeres de su tribu lanzándose a las gélidas aguas del lago Huillinco.

Despertó media muerta, envuelta en la gran serpiente que la había salvado de la furia de los hombres femicidas. Lejos de toda esperanza, desorientada y aterrada, comenzó a sollozar por su suerte... y su llanto despertó al ser que la protegía. Este, al verla media muerta y sabiendo que llevaba su simiente, abrió el enorme hocico lleno de filosos colmillos, se infligió un corte en la lengua y la llevó hasta la boca de la mujer, que bebió de ella y cobró fuerza y vida sobrenatural.

Para cuando la serpiente se retiró, la joven quería creer que todo había sido una pesadilla, pero el ardor en su entrepierna y los cardenales en su cuerpo la devolvieron a la apremiante realidad. Decidió que no podía permanecer en la zona por mucho tiempo, pues sus parientes no demorarían en recorrer el sector, para cazar o recolectar, y no sabía si su protector volvería a aparecer. Apenas despuntó el alba, bajo una intensa lluvia, comenzó a caminar hacia el oriente, pensando en pedir refugio en el *lof* de su abuela materna, suponiendo ingenuamente que lo sucedido la noche anterior había sido producto de la locura de los hombres de su clan: un hecho aislado propiciado por algún desorden en el mundo de los espíritus, quizás un *wekufe* que tomando posesión de sus cuerpos hubiese perpetrado el acto criminal.

Gruesas gotas se colaban entre las ramas de nosotros y lenguas que la rodeaban, y el aroma de la tierra húmeda llenaba sus pulmones. Un *pitihue* cantaba escondido en un tronco hueco. Bebió del agua acumulada en las hojas de las nalcas y recogió maquis y huevos de *taguatera* mientras marchaba abriéndose paso por la espesa floresta plagada de helechos, plantas trepadoras, líquenes y hongos. Los nidos de esta ave de plumaje pardo y pecho amarillo le resultaron fáciles de distinguir pues son como pequeñas canastas alargadas tejidas con esmero. Su blanca piel presentaba enormes magulladuras con bordes violáceos, y su andrajoso vestido de delgada lana púrpura apenas cubría su juvenil cuerpo.

Dos semanas atrás habían celebrado el ritual de los aretes, y su abuela le había regalado su nombre en la ceremonia. En esta, el clan la reconocía como mujer. Había menstruado por primera vez hacía dos semanas, y la familia no tardó en reunirse para celebrar. Su padre escogió el más gordo y bello *chiliweke*, le amarró las patas, lo abatió y se sentó sobre él con ella en el regazo. Todos sus parientes, hermanos, hermanas mayores y menores, guerreros y mocetones los rodearon expectantes. Su abuela y su madre se acercaron y derramaron chicha en el suelo, dibujando un círculo sagrado. Luego su abuela dijo una palabra al oído de su madre y le entregó unos zarcillos de plata. La mujer levantó las dos pequeñas joyas, para que todos pudiesen verlas.

—Luego de que *Pu Am* crease todo lo que hay en el universo —declamó la mujer con tono solemne, la barbilla alta y el pecho inflado de orgullo—, luego de la lucha entre *Peripillán* y *Antupillán*, después de que estos hubiesen arrojado a sus propios hijos a la tierra y pisoteado sus cuerpos, formando con sus pisadas las cuencas de los océanos y las cadenas montañosas; después de que el furioso *Peripillán* fuese derrotado por su hermano y encerrado en las profundidades de la cordillera, condenado

a rezumar y esconder su fuego poderoso; *Elche* derramó el agua y la colocó bajo y sobre el planeta. Luego creó al hombre y también a los animales, y cuando el primer hombre creció y llegó a su madurez, este le preguntó a *Pu Am* por qué todos los animales habían sido hechos machos y hembras, y él debía estar solo sobre la superficie de la tierra. Entonces el Gran Espíritu sumió al hombre en un sueño profundo, tomó del cielo a una *wangülen*, una estrella, y la envió a la tierra para que fuese la compañera del primer hombre. Es por eso que cuando una niña derrama su primera sangre y se convierte en mujer, le perforamos los lóbulos con aretes de plata que brillan como las estrellas, pues las mujeres nunca deben olvidar que su origen, a diferencia del hombre, es divino, y que bajo las plantas de sus pies crecen las flores del campo y los árboles del bosque — dicho esto, su madre vino hacia ella, le perforó las orejas y pronunció su nombre de mujer—: Kutralrayén, hija de Katrupillán, de la línea de las mujeres de fuego, he aquí tu nombre, he aquí tu linaje; que la luz de la madre Kuyén te guíe y que las estrellas te hagan fértil y sabia para que guíes a los hombres de tu tribu, como tu madre ha guiado a los suyos y tu abuela ha hecho lo propio antes que ella.

Cuando la sangre de las orejas recién perforadas tocó el suelo, su padre enterró un puñal de sílex en la carótida del animal sobre el cual estaban sentados, y comenzó el banquete: una fiesta que duró cuatro días con sus noches, para la cual se construyeron enramadas y fueron faenados lobos marinos y *chiliwekes*, cocinados después en *kurantus* o pedregales: pozos de aproximadamente medio metro de profundidad, que varios hombres habían cubierto con piedras regulares previamente seleccionadas y calentadas al rojo en las piras que rodeaban la zona escogida para la celebración. Luego de retirar los tizones, las cubrieron con una capa de tierra y colocaron sobre ellas hojas de *pangue* y más tarde los ingredientes

de la comida: las carnes trozadas de guanaco, foca y pollo, los milcaos y chapales; tortillas hechas de papa y papa con harina; machas, choros, tacas, almejas, navajuelas y distintos tipos de peces que fueron a continuación cubiertos con una nueva capa de hojas y otra de tierra. Mientras todo esto se cocinaba, los comensales se volcaron a la celebración: música, bailes y mucha chicha y licor de oro habían animado el convite, donde ella era la principal celebrada y en torno a quien se hacían todas las libaciones.

La niña se había convertido en mujer.

Había caminado cuatro días entre el espeso bosque y la lluvia incesante, cuando llegó a las cercanías de unas chacras que reconoció de inmediato, pues muchas veces las había visitado con su madre para intercambiar regalos y noticias. Había dejado de llover y la luna estaba alta en el cielo despejado. Esperó un poco más antes de acercarse a la *ruka* de su abuela; lo hizo con mucha cautela, ya que si bien los fuegos ardían dentro de los hogares, el silencio que en ellos reinaba le llenaba el corazón de temor. Se acercó para mirar, y pudo ver que alrededor del fogón, en el interior de la edificación de madera y hierba brava, solo había hombres durmiendo. No había rastro de las mujeres tejiendo o haciendo harina, ni cocinando, como era la costumbre. Un profundo miedo y una terrible tristeza se apoderaron de ella. Nada podía hacer, salvo seguir hacia el occidente y buscar refugio en la cordillera, donde esperaba que la locura de los hombres no hubiese llegado aún.

Se retiraba, caminando sigilosamente por entre los camellones de una chacra, cuando sintió el gruñir de un *theregua*... Uno de los perros de caza de su abuelo la había escuchado. El perro comenzó a ladrar frenéticamente y los gritos de alarma dentro de la *ruka* no se hicieron esperar. La muchacha corrió rauda y el animal salió tras ella.

A la luz de la luna, los rastreadores notaron a primera vista que el intruso era una mujer que se dirigía con paso ligero hacia el bosque. En el acto se organizó una segunda cuadrilla de búsqueda, compuesta por unos diez hombres armados con lanzas, arcos y boleadoras, los cuales partieron tras los rastreadores que avanzaban guiados por los ladridos del mastín.

En su desesperación, Kutralrayén se internó entre los árboles y trepó hasta la copa de un alerce, desde donde pudo ver con claridad cómo el grupo de cazadores se acercaba inexorable. Debía pensar rápido y hacer algo para que dejaran de perseguirla. Quebró una rama y se abalanzó sobre el animal que ladraba bajo ella; lo aplastó con el cuerpo primero y luego lo golpeó hasta que quedó chillando, tendido en el piso. Entonces siguió corriendo, con la esperanza de que sin la ayuda del perro le perdieran el rastro.

Ya amanecía y la joven avanzaba casi sin fuerzas. Su pecho subía y bajaba con esfuerzo y sentía una fuerte punzada en las costillas, cuando de pronto oyó los ladridos de los *thregua* que guiaban a sus perseguidores... ¡Por supuesto que su abuelo tenía más de un perro de caza y sus exploradores eran de los mejores de zona; había sido ingenua al pensar que podría perderlos tan fácilmente!

Si lograba escapar, tendría que evitar el contacto con sus congéneres. Necesitaba encontrar un lugar aislado, un lugar donde poder sobrevivir.

La situación de la muchacha era apremiante, los ladridos eran cada vez más fuertes. Sin más pérdida de tiempo, buscó un árbol frondoso y se encaramó en él: ya no podía seguir corriendo, estaba rodeada por los perros y los hombres. Sus miembros, agarrotados por el cansancio, despertaron por la explosión de adrenalina que le causó la cercanía de la muerte; su cerebro entumecido comenzó a barajar las posibles soluciones... pero no encontró ninguna.

Los perros seguirían su olor dondequiera que fuese, así que decidió que en última instancia no se dejaría atrapar fácilmente, que lucharía hasta la muerte. Los tres perros de caza mapuche rodearon el roble donde ella se había refugiado y se dedicaron a ladrar sin pausa. Los hombres no tardaron en llegar; dos de ellos comenzaron a trepar el árbol, para bajar a la muchacha, mientras gritaban:

—Baja de ahí, mujer, los dioses han hablado y debes morir, como tus hermanas. Y no es nuestra culpa, ustedes se lo buscaron por no obedecer...

—Ven, jovencita, no te haremos daño; solo queremos conversar —agregó otro, sarcástico.

En respuesta, Kutralrayén se afirmó de una rama alta y saltó hacia el árbol vecino. Una flecha silbó a sus espaldas, logró asirse con fuerza a una rama de luma y se balanceó otro poco. Los perros ladraron con mayor intensidad. Dos flechas hicieron blanco en el tronco a centímetros de su rostro, buscó apoyo y saltó nuevamente. Unas boleadoras se enrollaron en un tronco rozando su pie izquierdo, se sostuvo como pudo de un raulí y volvió a trepar sobre un roble, afirmándose y doblando la rama flexible de un boldo. Los perros ladraban sin parar, en tanto que ella continuaba con su escape, saltando de una lenga a un coigüe, ganando un poco de tiempo. Pero los hombres de su abuelo no pretendían atraparla, sino matarla. La muchacha saltó hacia el árbol siguiente y en ese instante se escuchó un sonido sordo... Un intenso dolor se esparció por su brazo, dejándolo medio agarrotado. Se dio vuelta y pudo ver a su atacante: un joven enjuto de extremidades largas y ágiles, que recargaba su honda de cuero: era uno de sus primos. No tenía tiempo para recuperarse: saltó nuevamente, esta vez con mucho sufrimiento. Los cazadores se organizaron entonces, formando dos círculos concéntricos alrededor de la joven, y dos de ellos, los más jóvenes, treparon con agilidad entre las ramas.

Kutralrayén estaba agotada. Se soltó de la rama alta en la que se encontraba y se balanceó entre las hojas para golpear de lleno en el pecho a uno de los escaladores, que cayó estrepitosamente y terminó de bruces sobre la raíces mohosas. El segundo quedó estupefacto con la espectacular caída de su compañero, y recibió una patada en las costillas que le quitó el balance y la sonrisa, aunque a último minuto logró aferrarse a una rama que se dobló por el peso. La muchacha aprovechó la oportunidad y saltó sobre la misma, que enseguida se descuajó del tronco, lo que precipitó a tierra a su perseguidor. Justo antes de caer, la joven fugitiva brincó una vez más y se perdió entre el follaje.

Una lluvia de flechas y piedras destrozó las hojas y se clavó en ramas y troncos, pero la fémina ya había saltado a otro árbol y luego a otro, con tanta prisa que la última rama de la que se afirmó cedió por el peso. Kutralrayén se precipitó hacia el suelo, desplomándose sobre uno de sus atacantes, lo que amortiguó su caída. Los perros se abalanzaron de inmediato sobre ella, quien pateó al primero mientras se levantaba y estaba por atravesar al segundo con la lanza corta con punta de piedra de su persecutor, cuando sus brazos se vieron atrapados por un par de boleadoras, las que luego de inmovilizarla le golpearon las costillas, dejándola sin respiración, obligándola a arrodillarse. Uno de los hombres detuvo a los furiosos perros, que no dejaban de ladrar, y los otros se acercaron a la muchacha y la rodearon.

—¡Mátenme de una vez, primos; maten a la sangre de su sangre, blasfemen, maldigan el regalo de los dioses! —exclamó Kutralrayén, mirando desafiante a sus captores.

—Prima, esto no es nada personal, han sido los dioses. Negenechen mismo ha sido quien ha decretado la muerte de las mujeres por herir la tierra, por apropiarse de esta, por no compartir los frutos que ella provee para todos.

—Mientes.

—No, no miente —espetó su abuelo, abriéndose paso entre los mocetones con su *toki* de sílex negro en la mano—. Ustedes son el sacrificio que Negenechen en persona pidió de nosotros, y créeme, hijita mía, esto me dolerá más a mí que a ti, pues he de vivir para siempre con el remordimiento.

El cuerpo de su abuelo se estiró; ella cerró los ojos.

El anciano ya levantaba el hacha de guerra para partirle la cabeza a su nieta, cuando una quebrazón de ramas resonó tras ellos... La muchacha pudo ver cómo una bestia de cuatro patas terminadas en pezuñas, amplios lomos, piel suave y verdosa, con manchas en forma de espiral en la parte superior del cuerpo, cabeza cuadrada y un formidable cuerno curvo en la quijada, apareció arando la tierra y abriendo un río tras de sí. El *Camahueto* embistió a hombres y perros sin piedad y con la velocidad del relámpago. Cuando Kutralayén se recuperó de la impresión y miró a su alrededor, sus captos no eran más que trozos sanguinolentos de músculos y huesos rotos desparramados por el sotobosque. El bruto manchado de sangre soltó una bocanada de vapor y se sacudió, pateó el suelo y bufó un par de veces, antes de detenerse a mirarla con sus pequeños ojos negros y vidriosos. Luego se agachó con suavidad ante ella, haciendo una especie de reverencia. La mujercita comprendió que el ser sobrenatural había sido enviado por Kai Kai Vilú para protegerla; Pues las antiguas leyendas cuentan que los *Camahuetos* nacen de las espinas que Kai Kai deja en las cimas de los montes cuando visita a su padre que mora en los volcanes.

Kutralayén se liberó de las boleadoras que aprehendían sus amoratados brazos e hincada, acarició suavemente las voluminosas mejillas del animal, apoyando su frente en la rectangular quijada. Entonces frunció el ceño... y se permitió llorar con un sollozo apenas audible.

Cuando se hubo calmado, se puso de pie con lentitud y dolor, y se montó en la grupa del cuadrúpedo.
Galopó en dirección al sol naciente.